

### III

## La revelación

—¡Qué miedo he pasado de morirme antes que tú volviesses de ese París!— exclamó la anciana subrayando con tedio el nombre de la capital francesa. — ¡Lo que he rezado á santa Rita para que me conservase la vida unos días más!

—¡Pero, tía, si está usted para vivir cien años!— afirmó Gastón chancera-mente.

Doña Catalina clavó en el rostro de su sobrino los negríssimos ojos, lo único que sobrevivía en su semblante momificado, con extraordinaria expresión, sobrehumana casi.

—A la lámpara se le acaba el aceite,— dijo en voz sorda,— pero la misericordia divina no ha permitido que la muerte me sorprenda. Sé de cierto que se acerca la hora...

—Vamos, tiita, aprensiones... Me ha de enterrar usted á mí y pedir para que me admitan en la gloria,— insistió el sobrino.

—No lo digas á nadie, hijo mío,— prosiguió la reclusa sin atenderle.— Sólo á tí y al confesor lo descubriré!... ¡Como te estoy viendo... he visto... he visto á don Martín de Landrey, tu bisabuelo... mi padre!

Estremecióse Gastón. En aquel jardín embalsamado, entre los vitales efluvios que derramaba el sol ascendiendo á su zenit, sintió pasar el soplo frío del *más allá*, un hálito del otro mundo.

— ¡Si vieses qué mal color tenía! — continuó doña Catalina tiritando como si las frescas azucenas de Mayo fuesen copos de nieve.— Lo mismo que cuando lo deposité en la caja... ¡Y una cara de sufrir!... ¡Virgen Santísima, Madre de los afligidos, perdón para él... y para todos los pecadores!

La cabeza agobiada de la Comendadora cayó sobre el pecho, y Gastón, cariñosamente, sólo acertó á murmurar:

—Tía... ¿no habrá sido... una figuración de usted?.. Hay así... momentos en que desvariamos!...

—¡No! Era él en persona... ¡Podría yo desconocerle! ¡Podría confundir con cualquier ruido su voz, que me dijo... en un tono tan triste... como si las palabras saliesen de la pared... «¡Catalina... te espero... hasta luego, Catalina!...»

Hizo una pausa, y Gastón vió humedecerse ligeramente las áridas pupilas de la dama, que movía los labios, rezando para sí, sin articular. Gastón, quebrantado aún del viaje y de las penosas impresiones recientes, notaba un vértigo que atribuía al olor subido de las flores, más aromosas cuanto más calentaba el sol. No quería Gastón reconocer que, á pesar suyo, le impresionaban las palabras de la Comendadora.

De pronto doña Catalina se enderezó, ya tranquila y al parecer olvidada de sus temores.

—Natural es morir, hijo mío,— declaró

serenamente. — Otros eran jóvenes y se han ido primero. Eso sí que asusta. Ya no hay más Landrey que tú. Á mí la tierra me llama, después de ochenta y ocho años y cinco meses que estoy en el mundo. Tú ahora empiezas la jornada... ¡Cómo te pareces á tu abuelo, al pobre Felipe!... ¡Qué bien has hecho en venir aprisa!...

— En cuanto me avisó Telma. Ayer mismo llegué á Madrid... Ya ve usted, ni veinticuatro horas...

Algo que remedaba una sonrisa y era más bien fúnebre mueca, animó el semblante amojamado de la Comendadora.

— Acércate más, hijo del alma... Ya apenas tengo voz; no puedo esforzarme... Si me paro, no te asustes... Me falta resuello... Soy muy viejecita... Además, tengo frío... Mira, mira... Helada estoy.

La diestra glacial de la Comendadora cayó sobre la de Gastón, que sintió impulsos de retirarla, pero se contuvo. Párciale advertir el contacto de un cadáver: tal estaba de inerte y seca á la vez aquella mano que había debido de ser bella y que conservaba aún las proporciones y el delicado dibujo de una mano patricia.

— ¿Eres buen cristiano? — preguntó de improviso doña Catalina.

— Bueno no sé; cristiano sí, — respondió no sin extrañeza Gastón.

— Es que si eres... de esos... que sólo creen en la materia... entonces... aunque te llames Landrey... yo... no tengo nada que decirte!... — ¿Crees firmemente en Dios, que nos perdona... que nos ha redimido?... ¿Crees, ó no crees? No mientas... Un Landrey no miente... sería mucha vergüenza! ¡Sería propio de un villano!

— Creo en Dios, — murmuró Gastón sonriendo del á su parecer pueril interrogatorio.

— ¿Y en la Virgen?

— Y en la Virgen, — afirmó el mozo con calor involuntario, más conmovido ya de lo que aparentaba.

6

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

10469



Doña Catalina cruzó las manos como transportada de gozo. Después, sin transición, exclamó, fijando en Gastón sus vívidos ojos:

—¿Has estado alguna vez en nuestro castillo de Landrey, cerca de la Puebla de Beirana?

—Nunca, querida tía,—declaró Gastón desorientado y algo confuso.—Y eso que siempre me daba curiosidad. Debe de ser una antigualla preciosa... es decir, con carácter... de eso precisamente, de antigualla. Pero ya sabe usted lo que sucede: se forman planes, se fantasea el viaje... y hoy por esto y mañana por aquello... se queda todo en proyecto, y corren días, y meses, y años... Nada, que no he visto Landrey.

—Mal hecho... ¡Lo mismo hicieron tu padre y tu abuelito... yo no se lo aprobé! ¡Aquel es nuestro solar, el sitio en que se respeta nuestro nombre, el sitio en que éramos como reyes! ¡Los señores de Landrey! ¡Eso era decir algo! El que fundó el castillo y los señores,—por cierto que se llamaba como tú, Gastón de Landrey,—fué de los que vinieron á ayudar á

don Enrique... Me lo contó mil veces mi padre, que eso sí, era estudiosísimo... El estudio es cosa buena cuando no nos aparta de Dios!... ¿Por qué decía yo esto?... ¡Ah! Sí, sí.. Aquel Landrey ó Landroi era ya un caballero muy noble... sus abuelos habían estado en las Cruzadas, con San Luis... El caso es ser grande en el cielo... pero en fin, los que desde hace siglos...

Detúvose la Comendadora, fatigada sin duda, y Gastón, que callaba por respeto, empezó á creer que estaba perdiendo el tiempo lastimosamente.

—La pobrecilla ya chochea... —pensó, —y se le va el santo al cielo... Incoherencias, alucinación... ¡Cerca de noventa años y el claustro!... Querrá que restaure á Landrey y junte allí mesnadas y alce pendón y caldera... ¡Y cómo revela el orgullo nobiliario, su flaco, en pugna con la humildad cristianal! ¡Si supiese que el último Landrey va á carecer de lo más preciso!

—Mi hermano,—continuó la Comendadora,—pudo titular, y prefirió ser Landrey á secas... Hay condes y duques nuevos, pero los Landrey son todos viejos...

¡Ah! Ya recuerdo, ya sé... Hablábamos del castillo. Digo, no; hablábamos de tu bisabuelo, de mi padre... que Dios le haya perdonado! — y el acento de doña Catalina se quebró en un sollozo. — ¡El pobre!... esto pasó la noche antes de morir... porque murió en Landrey, en el cuarto de *la parra*, que tiene pintada una, al temple... Pues me llamó... así, en voz alta... «¡Catalina!» «Aquí estoy.» «¿Me oyes bien?» «Sí, señor, diga lo que quiera.» «Acércate, santita...» (me llamaba *santita* por cariño y por chiste). «Así que yo fallezca, registrarás mis papeles... y quemarás lo que deba quemarse...» «No tenga miedo...» «¡Pero cuidado... En el mueble de concha, unas cartas... las quemas sin leerlas!» «Lo que usted mande, señor...» «Hay también en el mismo mueble... ¡atiende! una caja de plata, de resorte... y dentro dos papeles doblados y enrollados... de mi letra... Esos sí que los lees... y los guardas... y te guías por ellos para encontrar el tesoro!...»

— ¡El tesoro!... — repitió Gastón fascinado por la palabra mágica que su tía acababa de pronunciar.

— Así dijo: «el tesoro...» Y me acuerdo bien, que me cogió la mano y me la apretó mucho, mucho, y añadió... verás! «Es para tí sola... es tu dote... Te prohíbo que le des nada á Felipe... ni un maravedí! Á Felipe no... Es mi enemigo: me ha tratado como á un perro... sé que me ha llamado *traidor*... Me cree renegado, apestado y maldito... Tú aquí, encerrada en estas paredes conmigo en lo mejor de tu edad... Á cada cual su recompensa... Felipe, el mayorazgo, se lo lleva casi todo... Tú tienes una legítima corta... ¡Más rica tú que él! ¡Para tí el tesoro!...»

Guardó silencio otra vez la Comendadora, exhausta por el esfuerzo, pero sus ojos centelleaban. Gastón no sabía lo que le pasaba: el olor de las azucenas le atraesaba como un clavo las sienas, y su corazón latía de esperanza: en aquel momento daba por cuerda y muy cuerda á la monja. Ésta, con dolorido acento, articuló despacito:

— Al otro día murió...

— ¿Y la caja? — exclamó aturdidamente el mozo.

—¡Ah!... La caja... Es verdad, hijo, es verdad... No, no creas que la perdí... Allí estaba como *el* dijo, en el mueble de concha... junto á las cartas... que olfan á esencias... y las quemé... ¡Qué bien ardie-ron! ¡Como yesca!

—Pero... la cajita... con sus misterio-  
sos papeles dentro...

—La recogí... ¡No faltaba más!... Aquí la tengo... Espera... espera.

Y con un movimiento que parecería cómico á quien no fuese capaz de estimar lo que representaba de dignidad y de pudor y de vida inmaculada, la Comendadora se volvió hacia la pared, se alzó el escapulario y se registró el seno con una mano que la vejez hacía insegura... Gastón, ansioso, disimulaba la impacien-  
cia y la curiosidad. Vuelta de cara ya la señora, presentó á su sobrino un objeto oblongo, una cajita de plata algo mayor que una tabaquera y finamente cincelada al estilo de Luis XV; cazadores con tri-  
cornio y damiselas con peinado de erizón acosaban á un ciervo entre el follaje de un bosquecillo. Gastón tendió la mano vivamente, pero doña Catalina le contuvo

sonriendo con alarde de malicia casi in-  
fantil.

—El resorte... Sino ni tú ni diez como  
tú la abris...

Y apoyando de cierta manera la uña



del seco pulgar en la charnela de la caja, alzóse lentamente la tapa, y Gastón pudo ver en el dorado fondo, enrollado, un papel amarillento. La monja casi reía, gozosa y triunfante.

—¿Eh? Ya lo ves, ahí lo tienes... Se-  
senta y pico de años hace que lo conser-  
vo... Ni un solo día se ha separado de mí...

—Pero, tía, —observó enajenado Gastón, que sin poder contenerse se entregaba á férvidas ilusiones, — si poseía usted esto, ¿por qué no buscó el tesoro? ¿Ó es que ya lo ha buscado usted? No entiendo...

—No, no, yo no lo he buscado... Dios no quiso que lo buscase... Por cosas que... que yo me sé... desde que me faltó mi padre... ofrecí ser monja... y para eso no necesitaba grandes riquezas! Mi padre había prohibido que el tesoro fuese de Felipe... Pude dárselo á los pobres... sino que... no sé si Dios me castigará por esto... la verdad, tengo un delirio por el nombre de la familia... es falta de humildad, lo conozco... ¡Quería que ese tesoro se lo llevase un Landrey!...

Y volviendo á apoderarse de la mano convulsa de Gastón, añadió bajo, casi al oído del mozo:

—Tú puedes hacer que Dios me perdone esta debilidad... Eres cristiano, hijo mío... Usa del tesoro, no como pagano, sino como cristiano... Las riquezas son un depósito... No abuses, no derroches, reparte con los infelices... y acuérdate también del alma... de la tuya... de la mía...

y sobre todo de la de mi pobre padre!... Esto último no te lo encargo, que te lo mando... ¿lo oyes? Te lo mando con un pie en la sepultura...

—Prometo á usted hacer lo que desea, — declaró Gastón subyugado, lleno de fe en el tesoro.

Y tomando la cajita, apresuróse á desenrollar el papel que contenía, con ansia de leerlo. Antes de que lo hiciese, recordó de súbito y exclamó:

—Mire usted, tía, que usted habló de dos papeles... y aquí hay uno, uno no más.

Indescriptible expresión de pena cavilosa oscureció el mirar de doña Catalina. Su cabeza tuvo un temblequeto senil y sus manos se enclavijaron, como si pidiese misericordia.

—¡Yo, yo destruí el otro!—gimió desconsolada.

—¿Usted? ¿Por qué?... ¿Lo destruyó usted á propósito? ¿Qué era?

—Era el que más valía... ¡Era el plano!...

—¡El plano! — repitió Gastón. — ¿Un plano del castillo, sin duda?

—Del castillo y de sus alrededores...

Con tinta azul, y señalcitas de puntos encarnados... Hecho por *el* mismo... ¡Si tenía una cabeza, un saber de todo!

—¿Pero y cómo destruyó usted ese documento... cómo fué?...

—Porque... ¡Verás!... Yo, en el mundo, padecía síncope... y unas congojas... así como convulsiones... Cuando me encerré sola á quemar aquellas cartas... ¡las de las esencias! mientras ardían, abrí la caja esta de plata... saqué los papeles... los estuve mirando... Y cádate que de improviso me da el ataque... no quiero llamar, porque las cartas no las debía ver nadie... lo pasé allí, sin auxilio... caigo junto al fuego... el plano enrollado rueda á la chimenea... y gracias á Nuestra Señora, que no ardió yo... pero se me tostaron las suelas de los zapatos! Milagrosamente me salvé.

—Y el otro papel... no el plano... ¿A ver qué dice? —exclamó Gastón sin acertar á reprimir su impaciencia.

Y desenrollando el papelito, vió que sólo contenía escritas en muy clara letra, estos renglones:

«Hallarás lo que buscares, si guiado

por el Norte sigues el camino de los antiguos en peligro de muerte. Las piedras viejas son las más preciosas, y el que se humille se ensalzará.»

—¿No sabe usted qué significa esto?...



—interrogó el mozo, que encontró el texto, más que oscuro, negro como boca de lobo.

—No, hijo mío... Con el plano, de seguro se entendía... Yo no hice nada, y ahora mi cabeza... Ya ves... ¡Los años!... Pero en Landrey lo entenderás perfectamente, tú que eres muchacho y listo...



Guarda esa cajita ¡guárdalal y véte, que es cerca de mediodía, se acaba la hora de locutorio, y vendrán á llamarme... Y si cumples lo que me ofreciste... ¡Dios te bendigal...

Doña Catalina alargó sus brazos flacos y cogió la bonita cabeza pelicastaña de Gastón, pegando el rostro á la blanca frente juvenil del último de su linaje. Un hielo mortal serpenteó por las venas del mozo; pensó que acababa de besarle un fantasma sin labios.



## IV

### Gusanillo

Salió Gastón del convento fluctuando entre la convicción y el escepticismo. Su convicción era involuntaria; pero su incredulidad, sostenida por el amor propio cifrado en no *caer de inocente*, no se fundaba únicamente en lo enigmático del texto del papel y en la destrucción del plano, sino en lo inverosímil de que existiese nada menos que un tesoro, soterrado de un modo tan novelesco, en un sitio tan romántico y llegando tan á punto para salvar de la ruina á la casa de Landrey. ¡Vamos, si tenía que ser á la fuerza una paparrucha, una quimera nacida en el pobre meollo de una monja alelada!